

## PREFACIO

DE MATERIA CONFUSA A PALABRAS DE LUZ

¡Dejadme pintar de azul  
el mar de todos los atlas!

Rafael Alberti, *Marinero en tierra*

Ninguna literatura existe en el mundo, ninguna, con un acervo tan singular, rico y cuajado similar al de la española (sin adjetivos ni particularismos) por el filón, en buena medida (o sea, en mala medida) desatendido y en cualquier caso insuficientemente considerado, de las crónicas de Indias, ese espacio insólitamente natural de la verdad y las leyendas, cargado de historia y pleno de exotismo, testimonio de maravillas y suma de portentos en cuyo espejo palidecen las mejores fantasías. Millares de legajos, muchos todavía inéditos, e infinidad de nombres, de los que solo una menguada gavilla ha traspasado los límites angostos del conocimiento erudito. Universo medio secreto de palabras con vértigo de olas.

Lo empezó el propio Cristóbal Colón con sus estupendas *Cartas* más el regalo de su *Diario* y, con el intercalado ilustre del humanista milanés Pedro Mártir de Anglería, residente en España, siguió adelante, alcanzando enseguida edad cuajada de la mano de Hernán Cortés, protagonista e historiador de hazañas increíbles; Gonzalo Fernández de Oviedo, soldado en las guerras de Italia que pasó por vez primera al Nuevo Mundo en 1513 (en total cruzó el Atlántico, ese océano inmenso que une las dos orillas de nuestra lengua, en nada menos que doce ocasiones), veedor allí de las fundiciones de oro, gobernador de Carta-

gena y alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, autor de una memorable y enciclopédica *Historia general y natural de las Indias*; Bartolomé de las Casas, padre de los indios; López de Gómara, hagiógrafo de Cortés, o Bernal Díaz del Castillo, aquel soldado de Medina del Campo (1492-1581) que desde la humildad y forjado en el crisol trágico de ciento diecinueve combates levantó uno de los mejores monumentos al castellano de la expresividad en su portentosa *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, y etcétera, etcétera, porque no cabe resumir tamaño acervo de maravillas en un puñado de referencias, por más brillantes que sean.

Baste con añadir que en esa historia de los escritores de Indias, punto de partida y piedra de toque de la literatura hispanoamericana, ocupa un lugar ciertamente destacado el jesuita burgalés Cristóbal de Acuña (1597- Lima, 1675), misionero en Perú, cofundador con Francisco de Figueroa y Bartolomé Pérez del colegio ecuatoriano de Cuenca, y luego rector del mismo, quien se forjó un sitio de privilegio como cronista minucioso —minucioso y exacto— de la exuberancia del Amazonas, el reino de lo infinito, empresa mucho más que excesiva y en los límites del imposible.

Y es que, sobre la precisión de las descripciones y la sutileza de los comentarios, su *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* atesora un caudal de sugerencias e incitaciones que fluye con elegancia merced a la plasticidad de una prosa que siempre se desenvuelve, en todos y cada uno de sus párrafos, con puntualidad admirable, esto es, atinando con la palabra exacta en el lugar oportuno, incitante para la imaginación y milimétrico en los detalles, sin abdicar nunca del servicio a la exactitud, extremo este en 2006 corroborado por una expedición a las Fuentes del Amazonas en pos de sus pasos y sobre su huella, dirigida por José Ricardo Fernández y patrocinada por Caja Círculo (Burgos).

Acuña, dotado de un poder de observación privilegiado, escribe con sentido del rigor y capacidad de síntesis, hondamente persuadido de la importancia de su testimonio, sin gangas retóricas ni envaramientos, anotando con claridad cuanto veía, a veces se diría que extraña y muy precozmente imbuido de una visión antropológica moderna, abierto al universo de lo diferente y con rapidez penetrante en aquella selva de imágenes absolutamente nuevas, con señorío, facultad y arbitrio para registrarlas y comprenderlas. Posiblemente no haya contado con demasiados lectores, achaque entre nosotros y con los clásicos nada

infrecuente, pero estoy seguro de que ninguno de ellos habrá salido decepcionado de su libro.

El viaje se organizó y alcanzó realidad siendo su hermano, Juan Vázquez de Acuña, corregidor de Quito, bajo el mandato de Pedro Tejeira, capitán mayor del Gran Pará, «por orden de su Majestad, el año 1639». En la fraterna compañía de Andrés de Artieda, los dos misioneros emprendieron viaje el 16 de febrero del citado año, dándole cima el 12 de diciembre, al cabo de diez meses de difícil travesía. Acuña sistematizó sus notas y puso fin a la obra en Pará, a la espera de embarcarse para España, lo que no sucedió hasta marzo de 1640, dando cuenta en persona al rey del viaje y presentando después su memorial al Consejo de Indias, entidad que dispuso su publicación inmediata, llevada a término en Madrid y 1641, después de lo cual nuestro fraile se desempeñó como Procurador de su provincia jesuita en Roma y calificador en España de la Inquisición, regresando a la postre al Nuevo Mundo por Panamá para fallecer en Lima en 1676, ya casi octogenario.

Relación acabada de la geografía e inventario pormenorizado de las poblaciones del medio, y no mero cronicón noticioso ni escueta carta de conquista, el memorial de Acuña configuraba uno de los objetivos fundamentales de la expedición, puesto que se trató de una empresa de descubrimiento destinada a romper el aislamiento de Quito (la ruta, abierta por Francisco de Orellana, capitán a las órdenes de Gonzalo Pizarro, llevaba cerrada cerca de un siglo) y la Corona entendía, sin duda con buen criterio, que cualquier iniciativa de descubrimiento quedaba en ciernes y se sostenía en vilo hasta que la existencia de una relación completa, sometida al dictamen y la aprobación del Consejo, hiciera posible una planificación ordenada, aspiración en este caso frustrada por la sublevación portuguesa, encrucijada histórica donde tantas expectativas se vieron frustradas.

Obligado, pues, a trazar una visión a la vez a la vez panorámica y de detalle, en difícil equilibrio de contrastes, el propio Tejeira extendió una certificación, reproducida en los preliminares del volumen, acreditativa de que «vino en mi compañía desde la dicha ciudad [San Francisco del Quito] hasta la del Pará, el reverendo padre Cristóbal de Acuña [...] con su compañero el reverendo padre Andrés de Artieda», embarcados los dos «a su costa», desprendidos con sus compañeros, sin ningún privilegio y en las mismas condiciones que el resto de la tripulación, y mostrándose muy celosos «en lo tocante a las obligaciones de su hábito y

servicio de Dios», amén de lo cual se emplearon a fondo «notando y advirtiendo todo lo necesario para dar entera y cumplida noticia del dicho descubrimiento». «Se debe dar entero crédito» a su relato, añade el capitán, «mejor que a otro ninguno de los que fueron en la dicha jornada». «Y por ser verdad todo lo aquí contenido», concluye, «di esta certificación, firmada de mi mano», una mano firme, «y sellada con el sello de mis armas», sello de bien ganado crédito y armas de fama.

En pos de tan rotundas palabras, sigue otra certificación, extendida esta por fray Pedro de Santa María y de la Rúa, comisario general de la Orden de la Merced en los territorios de Marañón y Pará, acreditado en sustancia de lo mismo: «en nombre de su Majestad se les había encomendado», confirma este fraile, «hacer averiguación de las cosas más principales del dicho río de las Amazonas», de modo que así corrobora el objetivo de esta aventura de Acuña y su compañero Artieda, comisionados para desvelar la entidad cierta de un espacio sumido en las leyendas, sacando de la oscuridad sus accidentes y propiedades, sus gentes y sus costumbres, empresa cubierta a plena satisfacción a juicio de fray Pedro, *testigo de vista* de dicho viaje («por todo el camino venimos juntos»). De ahí que, a la manera de Tejeira, él también avale la verdad del relato con su firma y con «el sello de mi religión», acreditación por consiguiente de valor doble, personal y colectiva, confirmada por el signo de la Merced, refrendo entonces de los más altos.

En consecuencia, Acuña, comisionado regio, cumplió con creces la obligación de *averiguar* cuanto pudiera de todo, no ya de minas y de riquezas, operativas o potenciales, sino asimismo de los usos, el modo de vida y las creencias de los nativos. Y así levantó un mapa fiel, geográfico y vital, del paraje y el paisanaje en el momento cero de su encuentro con la civilización española, crisol en sí misma de intercambios, fusiones y mestizajes. Por eso hay que hablar de un Descubrimiento y no, simplemente, de un choque de conquista y, menos todavía, de un *encontronazo* que hubiera pretendido hacer tábula rasa de la memoria y la identidad de aquellos pueblos.

Salvando cuantas distancias se quieran, sin duda muchas pero también no tantas, la Corona esperaba que Cristóbal de Acuña y el capitán Tejeira repitieran el modelo, ya perfeccionado e institucionalizado, de fray Ramón Pané y Cristóbal Colón, fruto de la complejidad y las peculiaridades que este apreció desde el principio en los taínos, las claves de cuya idiosincrasia aspiró a conocer.

En su primer viaje, el Almirante tocó tierra en Guanahaní, hoy llamada Isla de Watling, Archipiélago de las Lucayas, y luego fue pasando de isla en isla, dando entre otras con la de Cuba, hasta recalar y hacer asiento en La Española, Santo Domingo y Haití, territorio de los taínos, indios aguerridos, inteligentes y cultos que, en expresión de Salvador de Madariaga, habían «sabido hacerse con una civilización notable» (*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, México, Hermes, 1952), etnia lamentablemente extinguida a la vuelta de un puñado de años, reducidos los indígenas a recios trabajos e implacablemente diezmados por el aluvión trágico de las enfermedades. ¿En qué creían los taínos, cuáles eran las señas y los rasgos de identidad de su cultura?

Cristóbal Colón comprendió enseguida que esa cuestión, fundamental y compleja, hacía del calificativo de *bárbaro* un latiguillo simplista, privado de sustancia. La civilización de los taínos despertó su curiosidad, la curiosidad de Colón buscó un asidero, y ese asidero fue fray Román Pané, ermitaño con don de lenguas, a quien el Almirante embarcó en su segundo viaje con el propósito exclusivo de que penetrase la cultura y revelase la historia de los taínos, civilización que por mor de esa decisión trascendente no forma parte del inmenso océano de las culturas hundidas en el pozo sin fondo de las conjeturas.

Pané, ciertamente, se puso manos a la obra, descubrió los *cemis*, interpretó sus oráculos, se empapó de aquellas costumbres y entró en el arcano de las tradiciones aborígenes. El resultado de esa misión salió a la luz gracias a la sensibilidad y el cuidado de Hernando Colón, el segundo hijo de Colón, que nació cuatro años antes del Descubrimiento y murió en 1539, ya constituida la Nueva España. Bibliófilo eximio y hombre de letras cabal, al escribir la biografía de su padre, providencial centón de mil historias posiblemente perdidas de no haber mediado esta obra (*Vida del Almirante don Cristóbal*), don Hernando se documentó en el archivo «del mismo almirante», y en paciente escrutinio de cartapacios, encontró los informes del fraile, textualmente reproducidos en su obra. Ahí se encuentra, en sustancia, cuanto sabemos de los taínos. Cristóbal Colón, el Almirante, tenía ansias de conocimiento, y en ello puso especial empeño, encontrando en el cacique Caonabo un interlocutor de primer orden:

Me he fatigado mucho en entender lo que creen y dónde van después de muertos, y especialmente procuré saberlo de Caonabo, que era el prin-

cipal rey de la Española, hombre de edad, de mucho saber y de ingenio agudísimo, y respondía que van a cierto valle donde cada cacique principal cree que está en su tierra, afirmando que hallaban allí a sus padres y a todos sus antecesores, que comen, tienen mujeres y muchos placeres y alegrías ...

Colón no se limitó a recabar el testimonio de Caonabo: «lo mismo respondían otros», añade, remitiendo a continuación a «la escritura [...] que mandé hacer a F. Román», quien «sabía su lengua» y había logrado ser uno más entre los taínos. Con estas palabras da paso su hijo a la «Escritura de fray Román, del Orden de San Jerónimo» a propósito «De la antigüedad de los indios, la cual, como sujeto que sabe su lengua, recogió con diligencia, de orden del Almirante». Estamos ante el acta de nacimiento de un caudal nuevo de literatura.

Así pues, en las raíces del Descubrimiento se asienta una actitud de interés, de valoración y respeto intelectual por las lenguas, el arte y los modos, en suma por las culturas indígenas, uno de los rasgos diferenciales, a nuestro juicio, de la conquista española, tradicionalmente instalada en terrenos antípodos de la indiferencia. Los españoles de aquellos siglos querían saber y como fruto de dicha inquietud la Corona desarrolló un sistema de encuestas históricamente pionero, decisivo entonces y fundamental ahora, cumbre del cual sería el cuestionario a partir de 1577 sistemáticamente distribuido por los amplios dominios americanos a todas y cada una de las autoridades, así civiles como eclesiásticas, base de la moderna ciencia Estadística y sustrato de la monumental *Geografía y descripción universal de las Indias* de Juan López de Velasco. Sirvan de muestra algunas de las preguntas planteadas:

Pueblos españoles: decir el nombre de la comarca y significado en lengua indígena y el por qué de ello. El descubridor y conquistador, año, circunstancias, etc.

La calidad y temperamento, las aguas, vientos ..., la tierra, si es llana o áspera, los ríos que la cruzan, los mantenimientos que tiene.

Cuántos indios tuvo y tiene y las causas de su disminución, si es que la hay, la suerte de sus entendimientos y maneras de ser, sus lenguas, si hay una sola o varias.

[...]

De los pueblos indios: decir solamente la distancia al Corregimiento y el Cabeza de Doctrina, con gente, nombres, con sus causas, distancias ..., significado del nombre en la lengua india y por qué y qué lengua hablan.

Cuántos hombres había al principio y su señorío, tributos, ritos y costumbres. Cómo se gobernaban, con quién estaban en guerra y cómo era el vestido y comida de entonces. Y cuántos hay, si más o menos que antes con sus causas y razones.

En todos los pueblos decir el sitio, si es sierra o valle, con sus nombres y significado, causas y fundador. Las cordilleras cercanas, ríos, con su caudal, la fertilidad de sus riberas y los regadíos, los lagos, fuentes, volcanes y cosas admirables.

Árboles y granos, los llevados de España y si se dan y cómo y cuántos. Yervas medicinales, animales de la tierra y los traídos de España. Minas, piedras preciosas, salinas ...

Las formas de las casas y los materiales que se emplean [...]

El mar, si es bueno o malo, playa o costa, arrecifes, mareas y horarios de ellas, los cabos... Puertos, con su capacidad, profundidad y provisiones. Nombres de islas, con su dibujo.

Pueblos despoblados y el por qué ...

Con todas las demás cosas notables en naturaleza y efectos del suelo, aire y cielo que en cualquier parte hubiere y fueren dignos de ser sabidos.

Inmersos en esa corriente, Cristóbal de Acuña recibió de la Corona el encargo específico «de describir con la mayor claridad que os fuere posible la distancia de leguas, provincias, poblaciones de indios, ríos y parajes particulares que hay desde la primera embarcación hasta la dicha ciudad y puerto del Pará, informándoos con la mayor certeza [...] enviando relación de todo» a los magistrados de la audiencia de Quito, misión en caso de falta endosada a su compañero, el padre Andrés de Artieda, previsión ociosa.

Tarea, desde luego, nada sencilla. Bien lo sabía Acuña, consciente de lo que afrontaba: «Casi con las primeras vistas de aquella parte de la América que hoy tiene nombre de Perú, nacieron en nuestra España, aunque por confusas noticias, encendidos deseos del descubrimiento del gran río de las Amazonas, [...] no solo por las muchas riquezas de que fue siempre sospechoso ni por la multitud de gente que mantenían sus orillas, ni por la fertilidad de las tierras y temples apacibles de su habitación, sino principalmente por entender con no pequeños fundamentos que él era la única canal y como calle mayor» de tan vasto hemisferio. Con esta declaración abre su relato nuestro cronista, persuadido de que a él le correspondía poner coto a la fase de las *confusas noticias* y los *encendidos deseos*, elevando los *no pequeños fundamentos* esta-

blecidos por los relatos a vuela pluma a la condición de memorial sólido, punto de partida para una penetración ordenada, «allanado ya el paso de este gran río y aclaradas las entradas que a él hay por todo el Perú».

En cuanto a los objetivos estratégicos de la Corona, el memorial de Acuña brindaba atajo a las pretensiones de «los portugueses que están en la boca de este río», salía al paso del *atrevimiento holandés*, apreciaba en aquella multitud la posibilidad de «poblar de nuevo todo lo despoblado del Perú» y levantaba inventario de «las muchas minas y la fertilidad de la tierra» de las inmensas regiones bañadas por «el más caudaloso río de todo el orbe, el fénix de los ríos, el verdadero Marañón. Tan suspirado y nunca acertado de los del Perú, el Orellana antiguo y, para decirlo de una vez, el gran río de las Amazonas», de mil y trescientas y cincuenta y seis leguas de longitud.

«Este es en suma el nuevo descubrimiento», declara en la conclusión de su obra, espacio de grandes tesoros y multitud de gentes. Partiendo de esa actitud, Acuña hizo bueno el deseo de Alberti: pintar de azul, iluminar con palabras la materia confusa de lo ignoto, el gris de los atlas. No escribe a brochazos, ilumina estampas pequeñas y, en armónica suma de precisiones, traza un plano fiel por la imagen y penetrante por los adentros, válido como guía en las muchas acepciones del término.

Ahora bien, con las ponderaciones no es suficiente, porque «el tiempo muda los usos» (Lope de Vega), oscurece las palabras, difumina las referencias y confunde los límites. Persuadidos de ello, con esta edición revisada queremos facilitar al lector de hoy una navegación solazada por el río caudal de este libro, cuaderno de bitácora y aguja de marear durante siglos de cuantos geógrafos y viajeros osaron aventurarse por aquellos parajes, saga encabezada por Guillermo Sansón (1600-1667), cartógrafo de Luis XIV, autor de un mapa pionero de la América Meridional, y el misionero Samuel Fritz (1654-1725), matemático especializado en la medición de las dimensiones terrestres, evangelizador de los omaguas, cuyo ingenio fraguó el primer mapa de la Amazonia.

Cristóbal de Acuña está ahí, a la cabeza de tan noble stirpe y ocupando asimismo un puesto de privilegio en la nómina de los escritores con dominio del relato, sentido de la medida, amplitud de visión y poder para fascinar. Lector, no dudes en comprobarlo.